

**Contenido**

Presentación 7

Introducción al número monográfico 9

**Artículos**

Estado y poder: una visión de América Latina en el siglo XX  
SERVANDO A. ÁLVAREZ 23

La yuxtaposición de sistemas en América Latina y sus consecuencias  
HÉCTOR OMAR NOEJOVICH 51

Interrogantes sobre genealogía y dinámicas de la ciudadanía  
DANIELE POMPEJANO 89

La pervivencia de las estructuras de poder del pasado y los retos para el perfeccionamiento del Estado de derecho en América Latina a comienzos del siglo XXI  
PEDRO PÉREZ HERRERO 137

El papel de las ideas y las políticas en el cambio estructural en México (1982–2005): un balance preliminar  
ROLANDO CORDERA CAMPOS Y LEONARDO LOMELÍ VANEGAS 195

Derechos de propiedad y sistema normativo en la Argentina del siglo XIX  
BLANCA ZEBERIO 233

**Reseñas**

Schuldt Lange, Jürgen. *¿Somos pobres porque somos ricos?: recursos naturales, tecnología y globalización*  
JAN-DAVID GELLES CANER 271

Parodi Trece, Carlos. <i>Globalización: ¿de qué y para qué? Lecciones de la Historia</i> CARLOS CONTRERAS	277
Milanovic, Branco. <i>La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global</i> JAVIER M. IGUÍÑIZ ECHEVERRÍA	281
Galarza Contreras, Elsa. <i>La economía de los recursos naturales</i> JUAN CARLOS SOTO	288

**MILANOVIC, Branco. *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*. Madrid: Editorial Sistema. 2006, 290 pp.**

El libro que reseñamos es el más exhaustivo sobre las dimensiones cuantitativas y metodológicas de la desigualdad. El autor, investigador del BM, publicó en el 2005 el libro *Worlds Apart. Measuring International and Global Inequality* (Princeton University Press), cuya traducción es la que nos sirve de base para esta reseña.

En el capítulo 1, Milanovic presenta los tres conceptos de desigualdad que están siendo utilizados en el debate actual sobre el tema: entre Estados, entre Estados ponderados por la población de cada uno de ellos y, con mayores imprecisiones, entre hogares. El interés de esta distinción ha adquirido importancia en dicho debate porque las estimaciones son diferentes y cada una es escogida por diversos autores. La desigualdad del PBI *per cápita* promedio entre países sigue aumentando. Si se pondera esa variable por la población de cada país, en buena parte por la influencia de China e India, la diferencia internacional disminuye.

Pero no es solo la diferencia entre conceptos la que explica la diferencia entre trayectorias. El libro es a la vez metodológico y de gran utilidad para cursos sobre la elaboración de estadísticas, pero también un resumen de las cifras sobre la desigualdad mundial así como fuente de nuevos cálculos e información elaborada para el libro. En esa vena, también influye si los datos son provenientes del cálculo del PBI o de encuestas de hogares. Aún así, es la utilización de las ponderaciones mencionadas la que marca la diferencia de trayectorias de la desigualdad. Otros aspectos metodológicos importantes en el libro son conocidos: ¿Qué moneda utilizar?, ¿qué paridad de poder adquisitivo? Los precios relativos en países no son los mismos que aquellos entre países. ¿Ingresos o gastos?, ¿*per cápita* o adulto

equivalente? Estas interrogantes son analizadas minuciosamente en el capítulo 2 y luego vueltas a tomar, sobre todo en el capítulo 3, para ilustrar las características del debate actual sobre el tema. El capítulo 3 sigue aclarando las cuestiones conceptuales implícitas en el cálculo de cada definición y la comparación de las tres definiciones. Desde el capítulo 4, el libro nos presenta resultados de las estimaciones basadas en la primera definición, esto es, entre rentas *per cápita* de los países. El mensaje es muy claro: mientras que la desigualdad fue constante entre 1960 y 1982, la desigualdad aumenta en las dos últimas décadas por el estancamiento y caída de los ingresos medios de las economías de ingresos medios, primero en América Latina y el Caribe y luego en Europa del Este.

El capítulo 5 es un debate y es transparente. Por ejemplo, refiriéndose a Barro y otros autores afines que han estado proponiendo la existencia de una *convergencia condicionada*, indica que:

Si me dicen que el Congo crecería más deprisa que EEUU o Singapur si tuviera las mismas instituciones y una política macroeconómica de calidad similar a la de estos dos países, ¿acaso voy a considerar creíble, o al menos, interesante esta conclusión? Lo cierto es que estos factores económicos y políticos no pueden mantenerse constantes, porque son endógenos al proceso de crecimiento (p. 72).

El capítulo 6 añade cálculos dividiendo los países en deciles según su PBI *per cápita*. Un resultado luego vuelto a tratar es la gran bifurcación que ocurre entre los países en los deciles intermedios (p. 86).

Un capítulo en el que los resultados son particularmente llamativos por la gravedad del problema que revelan, es el 7, que titula *Ganadores y perdedores*. Para determinar quién es quién y su evolución en los últimos cuarenta años, Milanovic propone una clasificación de países en cuatro bloques. El primero es el compuesto por países *ricos* de Europa Occidental, Norteamérica y Oceanía (EONO) entendiendo por ello a los que se sitúan igual o encima del PBI *per cápita* del más pobre de ellos. En 1960 y 1978 era Portugal y en el 2000, Grecia. Debajo de ellos están los llamados *candidatos* si es que están hasta un tercio por debajo del más pobre de los ricos. Luego sigue un bloque que se sitúa entre un tercio y dos tercios por debajo del

más pobre de los ricos. El autor propone llamarlos Tercer Mundo. Finalmente, aquellos que están por debajo de los dos tercios son el Cuarto Mundo (p. 90).

La evolución desde 1960 muestra que se «reforzó el ya fuerte dominio de los países occidentales situados en la cumbre de la distribución de ingresos y redujo el número de posibles candidatos para alcanzar dichas posiciones de cabeza» (p. 89–90). El club de los países ricos se redujo y se occidentalizó. Así,

mientras en el año 1960 había [...] cuarenta y un países ricos —diecinueve de los cuales no eran occidentales— en 2000 solo había treinta y uno, y solo nueve no occidentales. No quedaba ningún país africano entre los ricos (excepto Mauricio), ni de América Latina y el Caribe (excepto Bahamas). Probablemente, por primera vez en 200 años, América Latina y el Caribe no tenían ningún país más rico que el país más pobre del occidente europeo (p. 91).

Lo que predomina es una movilidad descendente entre países. «Lo más extraordinario es que de los veintidós países que, en 1960, estaban a poca distancia y con posibilidades de unirse al club de los ricos, solo dos —Singapur y Hong Kong— lo lograran, mientras que el resto no solo no lo consiguió, sino que cayó en picado hasta las categorías más bajas» (p. 96).

La mirada hacia el futuro no es prometedora, pues «A menos que se produzca una notable discontinuidad con las pautas de evolución que se han mantenido durante el último medio siglo (y posiblemente aún más), la probabilidad de escapar del último escalón es prácticamente insignificante» (p. 98).

El autor no aventura causas muy claras, pero sí indica que en alrededor de la mitad de los casos de descenso de categoría, sea de ricos a candidatos o de candidatos a Tercer o Cuarto Mundo se registraron dos características. Una es la «inestabilidad política, jalonada por guerras, insurgencias y revoluciones. Otra, la transición de una economía planificada a una de mercado que provocó inmensas pérdidas de renta» (p. 100–101).

Le quedan al autor un número de países en los que no se pueden encontrar esas dos características y cuya explicación debe ser diferente. Son siete casos de éxito y trece de fracaso. Si se plantea como hipótesis que las condiciones iniciales son importantes para establecer la trayectoria posterior, el autor sugiere que «a comienzos de la década de 1960 existían dos diferencias destacadas: los países que triunfarían en el futuro poseían una desigualdad significativamente menor y eran menos democráticos». Por otro lado, «La división étnica era casi la misma en ambos grupos». Tampoco se encuentra una clave en la educación, pues «El número de años de escolarización media era solo ligeramente superior en los países que llegarían a triunfar». El grado de apertura tampoco sugiere que los que abren son los que triunfan ya que «a comienzos de la década de 1980, la tasa arancelaria media era en ambos grupos 33 por ciento; hacia el final del siglo, había descendido al 10 por ciento en los países fracasados y al 14 por ciento en los que progresaron». El tipo de imperio al que pertenecieron tampoco hace diferencia pues hay ganadores y perdedores en todos ellos salvo en el caso del Japón cuyos países dominados están entre los exitosos (p. 102–103).

Resulta importante la conclusión del autor en el sentido de que la razón de por qué tantos países latinoamericanos fracasan, mientras sucede lo contrario con muchos asiáticos, no se debe a que aquellos tienen características latinoamericanas (desigualdad y democracia) y estos, asiáticas (igualdad y autoritarismo). La razón es que tanto países exitosos como fracasados ha convergido en democracia e igualdad mientras que los continentes como conjuntos no lo han hecho.

El libro nos trae una corroboración de la fecha (aproximada) en la que ocurre la bifurcación del Tercer Mundo. Se trata de fines de los años setenta; el año 1978 puede ser el símbolo de ese momento. Esa gran ruptura ocurre como consecuencia del paso de los Estados Unidos, de ser exportador a importador de capital, cosa que se expresa en sus déficit públicos y en cuenta corriente. El flujo de capitales hacia los países subdesarrollados se redujo y las tasas de interés internacionales se elevaron. Arrighi, Galbraith, Easterly y Bairoch son reseñados en breves páginas para confirmar que se trataba de un momento crítico para el destino de los países en el siguiente cuarto de siglo, por lo menos (p. 109–113). Ciertamente, la crisis de la deuda externa y las

políticas antinflacionarias recesivas que le siguieron constituyeron un momento nuevo para las economías latinoamericanas.

En el capítulo 8 el autor analiza la evolución de la desigualdad ponderando las desigualdades de los países por la correspondiente población. El resultado es que, debido a la presencia de China e India, la desigualdad se reduce. En otros términos, si se quita a China, la desigualdad aumenta en los últimos veinte años y ese aumento es mayor si se quita además, a la India (p. 119).

El capítulo 9 es muy metodológico, recoge temas del capítulo 2, resume un debate internacional sobre el curso real de la desigualdad, esta vez personal, del ingreso y estima la trayectoria de la desigualdad entre 1988 y 1998. Es el capítulo más denso del libro. Los problemas metodológicos considerados son los provenientes de la diferencia entre aproximarse a la medición sobre la base de las cuentas nacionales y la distribución del ingreso o hacerlo por medio de las encuestas de hogares. En el primer enfoque Milanovic critica la fuerza excesiva de los supuestos no comprobados como, por ejemplo, la existencia de una distribución *lognormal* o la excesiva confianza en el PBI *per cápita* de los países o el supuesto de que la sub y sobrestimación de los ingresos que se declaran en las encuestas es constante en términos porcentuales a lo largo de la distribución del ingreso. Del debate al respecto con diversos autores, el autor pasa a elaborar un nuevo cálculo basado en encuestas de hogares. La presentación de las diversas estimaciones indica que se han obtenido por distintos autores, tanto mayores como menores desigualdades (p. 166). El propio cálculo de Milanovic muestra mayor desigualdad entre 1988 y 1993, y menor entre esta fecha y 1998. En conjunto, una ligera elevación de la desigualdad.

En el capítulo 10, el autor se pregunta por la existencia y evolución de la clase media del mundo. Una razón para ello es la asociación entre la existencia de esa clase y la estabilidad social. Definida esa clase como la que se encuentra entre el 75% y el 125% de la mediana, el autor estima que la *clase media mundial* es mucho menor y mucho más pobre relativamente que la de cualquier país del mundo. De hecho, recibiría el 6.5% de los ingresos mundiales (p. 170).

La cuarta parte del libro constituye un conjunto de comentarios sobre tendencias de la distribución desde la revolución industrial y sobre la existencia o no de reglas que permitan prefijar el curso que puede tener en el futuro (cap. 1). ¿Se ha dejado atrás la tendencia secular hacia la desigualdad? Para el autor no es posible establecer leyes, pues puede que China no prosiga la ruta iniciada, que los conflictos en el medio oriente sigan, que el SIDA afecte el crecimiento de India y, así, especula sobre múltiples posibilidades que afectarían el crecimiento de los países y la evolución de la desigualdad. La historia no puede mirarse con lentes deterministas, pues la voluntad humana también contribuye a hacerla (p. 189–190). En cualquier caso, por el momento previsible, la existencia de una plutocracia mundial y una ayuda internacional muy poco importante hacen que la construcción de una mayor igualdad mundial con ese tipo de distribución no sea factible. Es interesante constatar que la generosidad internacional de los países es mayor en los casos en los que la generosidad interna es también mayor. El libro termina con una reflexión sobre los criterios de justicia de Rawls, «quien no comparte el argumento moral a favor de una redistribución mundial» (p. 202) y de los libertarios, a quienes simplemente el problema no les interesa.

Completamos la reseña con algunas respuestas a dos dilemas planteados ¿Qué concepto de desigualdad es el más adecuado? Depende del objetivo. Nos parece que en la medida en que nos interesen las políticas públicas como herramienta principal para reducir la pobreza económica de las personas, las cifras promedio nacionales son importantes. En un medio marcado por la competencia internacional, ellas revelan las posibilidades de salir adelante. También, y en sentido contrario, el atraso abre posibilidades de cooperación a través de la competencia, al recibir capitales que aprovechan la mano de obra barata para competir internacionalmente y enseñan a producir mejor. La diferencia en salarios mayor que la que hay en educación, apunta hacia esa cooperación, aunque no deja de ser costosa. Creemos que mientras el destino de las personas depende más del de la economía del país en el que viven que de la iniciativa individual, incluyendo la migración, el análisis por países resulta crucial. Después de todo, «el 93 por ciento de las personas pobres viven en países pobres» (p. 172). Por otro lado, ¿hay reglas o leyes que permitan otear el horizonte? La posición del autor ha sido recogida arriba. Al mismo tiempo, la



fuerza de la libertad humana queda algo debilitada en el último capítulo, al señalarse que a pesar de que el autor considera que no hay posibilidad de encontrar leyes o tendencias predecibles, hay una especie de conclusión que consiste en afirmar que «probablemente, mientras estén en vigor las reglas actuales será inútil esperar un cambio redistributivo importante a escala mundial; antes es preciso que se produzca una democratización de la toma de decisiones» (p. 194). Estamos así ante el viejo tema de la libertad condicionada por estructuras de poder económico o político, entre otras.

Esperamos haber mostrado que quienquiera que se interese en la problemática de la desigualdad económica, más aún si quiere especializarse en el tema, tiene la obligación de leer este libro de principio a fin.

Javier M. Iguíñiz Echeverría  
Departamento de Economía de la PUCP